

***ESTUDIOS***

## PINDARO

Por FERNANDO BÁEZ

“Vos exemplaria graeca nocturna versate manu,  
versate diurna”.

HORACIO

El estudio de los elementos constituyentes de la tradición griega no ha conocido épocas de esplendor en Venezuela. No voy a pretender decir por qué ni cuánto nos afecta este descuido. Diré, eso sí, que, aparte de esporádicas traducciones de clásicos (pequeña porción), los estudios de nuestro insuperable Andrés Bello, las recreaciones de la tendencia Modernista, las excepciones contemporáneas de Guillermo Morón y Juan Nuño, los artículos glosadores de sospechosos diccionarios y las estériles monografías universitarias, no se descubre la intención de sostener una personal concepción del mundo griego antiguo, sin apelar a los muníficos prejuicios germánicos o a los rigores retóricos. Ignoro —debo decirlo— si se asumirá este feliz capricho algún día, pero yo —desde ahora— he resuelto acompañarme del espíritu griego, de nuestros principales ancestros culturales, noche y día.

Haré mi preámbulo con Píndaro, poeta que resume una máxima aspiración ennoblecedora. “*Leer es un acto de servilismo*”, sentenció Ramos Sucre en un estupendo apotegma. En el caso de la lectura de Píndaro lo es hasta el exceso. Leerlo es servirlo. Su lectura aturde, impulsa a la nada fácil imitación segura de sus prácticas. Reseñar ese aturdimiento —hogaño—, partiendo de la comprensión de su vida, de su idea de la Poética y de su planteamiento moral, no tanto de su métrica (tema para un tratado de por lo menos 20 volúmenes), restituir el asombro transformado en tenue comprensión (llámese a eso, aquí, crítica) será el propósito de esta, mi breve introducción al magno Píndaro.

### I. - De lo que algunos llaman vida

“...para quienes no se aventuran no hay  
sino silencio sin gloria”.

PÍNDARO

Se acostumbra representar la época para situar al biografiado. Discúlpese si en este caso se prefiere hablar únicamente de un hombre. Que las historias se sitúen ante él.

La fecha del nacimiento de Píndaro corresponde, según Wilhelm Nestle, al año 518 a.C. Versiones modernas lo hacen nacer el 519. Con respecto a su muerte, la diferencia de criterios es mayor. Nestle (erudito célebre) aboga por el 446. Pedro Bádenas y Alberto Bernabé, autores de una estupenda versión castellana de su poesía, escogieron el 438, fecha prestigiosa, considerando el apoyo de antiguos biógrafos. Vivió, pues, entre 72 años (siguiendo al primero) u 81 (tesis de los segundos). Sabemos con certeza que nació en Cisnoscéfalos, ciudad próxima a Tebas, en un hogar del cual no desconocemos que fue el único respetado por Alejandro Magno en su paso destructivo por Tebas. Procedía de una familia aristocrática: los Egeidas. Eran sus padres Pagondas y Cleódice. A Corinna y a Mirtis se les acusa de haberle impartido las iniciales enseñanzas. Andrés Bello, en su *Compendio de Literatura* de 1850, añade un detalle destacado: Corinna, poetisa, mujer bellísima, venció a Píndaro en cinco posteriores torneos poéticos. Esto, por supuesto, no dice mucho del talento de Corinna como de la rabia y odio que debió sentir Píndaro a causa de la notable predilección del jurado por la belleza física. Morón coincide con esto argumentando un natural machismo.

Con el tiempo este beocio, este tebano orgulloso de su stirpe (pese al calificativo ateniense contra los tebanos, a quienes llamaban cerdos), este inconforme con su regular formación, dejó su ciudad muy pronto para irse a estudiar, enviado por un tío rico, a Atenas con Agatocles, Apolodoro y Laso de Hermione, famoso el último por haber compuesto un poema eludiendo la "s". A la edad de 20 años, con los 72 versos de su Pítica Décima, desplazó a sus maestros.

Durante sus longevos años vivió en distintos destinos. Habitó en Agrigento, ciudad siciliana, en la corte de Terón, el tirano local. Vivió en Siracusa, en la corte de Hierón, también tirano (la tiranía, no en vano, era el comienzo democrático). Vivió en su querida isla de Egina, fecunda en amplias mitologías. Murió, se dice, en Argos. Otros lo dieron por muerto en Delfos, tierra de oráculos y preferencias pindáricas. Una leyenda señala que el año de su muerte mandó a preguntar al dios Ammón de Egipto, la tierra de aprendizaje de los grandes griegos, que cuál era la mejor cosa que debía realizar un hombre y el sonriente dios le dio por respuesta: "Morir". Y Píndaro, muy obediente, cumplió. Ninguno como él para asumir lo mejor.

Su obra, ya incompleta para la época helenística, comprendía 17 extensos libros. Abarcaban ellos numerosos epinicios, himnos, peanes, ditirambos, prosodios, hiporquemas y trenos. Hoy, en un siglo recopilador de fragmentos, retenemos cuatro de esos libros (¡cuatro!), los que contienen los epinicios (divididos en Píticas, Olímpicas, Istmicas y Nemeas), nombrados, según puede verse, de acuerdo al sitio en donde el ganador elogiado en el poema obtuvo su premio. Me refiero, con esto, a si el triunfo ocurrió en las competencias celebradas en Olimpia, en Delfos, sede de un santuario al Dios Apolo, en el Istmo de Corinto o en Nemea. El número de Epinicios completos es de 45.

## II. - *Hacia una diferenciación de la oda*

Así, con la dicha referencia, podemos ya establecer las características del epinicio, su concepto: *exaltación del ganador de un certamen*. Píndaro otorgó

sentido supremo a esta definición. Una vez que el atleta o la familia del atleta le encargaba el poema (rasgo fundamental), se entregaba a la dulce labor de invocar a las divinidades, mencionar al ganador, recordar su mito genealógico o el de la ciudad y concluir asociando la grandeza del mito al designado. El atleta le resultaba, por ende, un pretexto para hablar de sus dioses, sus venerados dioses, y sus ambiciones. Lo exaltaba como prolongación de ilustres costumbres. En ocasiones, olvidaba al triunfador deportivo y cantaba a personajes vencedores de otras pruebas. Su Pítica XII, por ejemplo, está dedicada a Midas de Acragante, vencedor con la flauta en los concursos musicales píticos del año 490 y 486.

El epinicio, como tal, pertenece a la Oda mélica. Y la Oda, más que un género, más que una categoría, es un estilo, una concepción cuya esencia debemos casi enteramente a Píndaro, quien la elaboró desde todos los posibles puntos de vista. Nadie ha superado jamás el modelo que estableció. Felipe Tejera, en su *Manual de Literatura*, recuerda que la oda era un canto, era un conjunto de estrofas inseparables de la música, pues la lira permitía la perfecta recitación del poema (meloepa se denominaba a esto). Tejera, además, señaló un detalle muy propio de las odas:

“...admiten algún olvido en la regularidad, un aparente desorden en las ideas y leves digresiones; porque en ellas se supone el poeta poseído de grande enajenamiento y entusiasmo...” (p. 288, *op. cit.*).

Estudiar la métrica del epinicio pindárico, tipo de oda exigentísimo, me resultaría grato, aunque, valga el comentario, su carácter triádico (estrofa, antístrofa y epodo), su concordancia musical (un coro y una lira completaban el poema) pertenecen, como dije desde un principio, a las clasificaciones permisibles en un tratado, en el cual deberían reconstruirse tentativamente las notas acompañantes de cada obra y, sobre todo, la danza esbozada por el coro. Destacaré que aquí el interés alude a la teoría de tan perfecta forma y a la propuesta moral. Nada más.

### III. - La Poética

“La poética es, de alguna manera, el Todo, el Universo”.

PLATÓN

Llamemos Poética al estudio reflexivo de la esencia de la creación en sí La Estética (percepción) y la Etica (costumbre) comprenderían parte de tal estudio. Digamos, por ende, que poética es indagación de los recursos y orígenes de un poema, del acto creativo y de la seguridad caprichosa de la poesía. Es descubrimiento de convenciones y naturalezas. Aristóteles, acertado en sus extraordinarias e impercederas disquisiciones, dejó el perfecto modelo de análisis sobre este campo. Era su deseo, dijo apenas comenzando el único tomo conservado de su *Poética*, hablar de “*qué es la Poética en sí misma, cuáles sus especies y cuál la peculiar virtud de cada una de ellas, cómo se han de componer las tramas o argumentos, si se quiere que la obra poética resulte bella...*” (*Ob. cit.*, I). Conocemos, aunque fragmentariamente, las respuestas a tales aspiraciones. Aristóteles señalaba que la inspiración es el elemento primordial en la relación

poeta-poema. Compete, igualmente, al creador, tras la iluminación expresiva, dar sentido por medio de su técnica a lo recibido para completar el poema. Lo novedoso en Aristóteles no eran, sin embargo, las razones aportadas ni su explicación de la poesía lírica, cantada, ya que no dijo nada importante en torno a esto, sino *la disposición de lo investigado. Diseccionó, clasificó, cual plantas, a las partes y origen del poema, no sin creer, como buen naturalista, en el carácter enteramente definible de los temas. Esto último, esto de lo nefable en la explicación de lo creativo, como se leerá a continuación, fue negado previamente, con valerosos argumentos, por Platón, su maestro, y por Píndaro.*

Píndaro, sorprendido, a semejanza de los grandes poetas griegos, por su don verbal, acudió al origen divino del poema. La tesis platónica, planteada en el *Ión*, era la suya, claro que, naturalmente, con sus variantes y anterioridad.

A esta visión del origen de la obra del poeta voy a denominarla teológica, dado el hecho de no ser el poema sino un atributo de un dios. Se llame Espíritu, Dios, el centro de la inspiración es un Ente ajeno, arbitrario. “*El espíritu sopla donde quiere*”, dijo Pablo de Tarso en sus epístolas. “*Es el destino innato quien dedice en todas las acciones*” (*Nemea V, est. 3*), propugnó Píndaro. Creyó que nada se podía lograr si un Dios no impulsaba nuestra empresa. Pronúnciese con detenimiento el verbo “impulsar” en este caso. La importancia se verá seguidamente.

Aduce Píndaro que su propuesta corresponde enteramente a sus sensaciones personales y fervores religiosos:

“Tengo la sensación de que en mi lengua hay una sonora piedra de afilar que, a gusto mío, me penetra inspirándome hermosos caudales de poesía”. (*Olimpica VI, ep. 4*).

Ese “a gusto mío” y aquel “impulsar” sugieren, al contrario del poeta “estupidizado”, “mentecato”, simple instrumento magnetizado según Platón, un hombre que si bien es instrumento divino, que si bien depende de otro elemento para la composición de sus cantos, no es un idiota repetidor. A su gusto, en la ocasión deseada, compone, canta. El orgullo hace decir a Píndaro:

“... a la fuerza divina que siempre asiste a mi ingenio la honraré devotamente según mi habilidad...” (*Pítica III, ep. 5*).

He aquí la máxima intuición pindárica, digna de ser retomada en cualquier siglo. Su contenido convence más, seduce más (en el campo teórico la seducción no resulta extraña), que la citada teoría platónica. Píndaro nos habla de un poeta que, tras el recibimiento de su don, de su talento, por parte divina, está urgido a disponer de una técnica precisa, capaz de permitir la elevada expresión del canto. Hay que poseer “habilidad” para saber decir. Pienso que en su obra la fuerza divina es la llamada a sostener el carácter visionario, profético, del poema. Léase, con afán comprobatorio, su “*Nemea III*”, poema en el cual, una vez preparado para cantar, invoca a la Musa. No la invoca a la manera de Homero, quien en lugar de invocarla, la obliga, mejor dicho, con un imperativo: “*¡Canta, oh musa, la cólera...*”. Respetuoso, Píndaro prefiere someterse a ella:

“¡Augusta Musa, madre nuestra, te lo suplico, ven en el sacro mes nemeo a la hospitalaria isla doria de Egina! Pues junto al agua de Asopo aguardan los jóvenes artífices de dulcisonos cortejos, ansiosos de tu voz. Cada acción tiene sed de una cosa, pero la victoria en los juegos ama en especial el canto, el más diestro compañero de coronas y triunfos.

“Concédeme abundancia de él, fruto de mi ingenio, e inicia, como hija suya que eres, un himno magnífico en honor del soberano del encapotado cielo...” (*Nemea* III, est. 1-ant. 1).

La habilidad se complementa, siguiendo su doctrina, con la reflexión y contemplación de lo humano. Es necesario pensar la condición humana para distinguir los entreverados hechos que separan lo noble de lo mediocre y establecen las jerarquías vitales. Asimismo esto se completa con el conocimiento profundo de los mitos heredados de los propectos padres. Aspecto interesante de su teoría poética es precisamente el de la formación del creador. Un estudio destinado a indagar la educación de Píndaro revelaría su destreza en el aprendizaje y manejo de los principales mitos griegos. Por momentos, llega hasta al punto de alterarlos, por considerar falaz la versión popular, añadiendo que el respeto se impone cuando se habla de dioses. Tántalo, verbigracia, no asesina a su hijo Pélope para servirlo como comida en un banquete olímpico. Lo salva Zeus al raptarlo y llevárselo como servidor.

Acotaré la similitud con la idea de la educación del poeta entre los celtas. Para serlo debían conocer, en su totalidad, entendiéndose totalidad en su sentido más literal, la mitología irlandesa, la historia real, la historia fabulosa, las leyendas, la métrica, la gramática. Pasados doce años se pasaba de “filid” (poeta aprendiz) a “ollan” (maestro). Tras la proscripción de los sacerdotes druidas hubo una fusión inmediata entre los poetas celtas y los sacerdotes, conformándose así otra institución rigurosa y hermética. Píndaro, no muy lejano a semejante concepción, reconocía la obligación de alcanzar la maestría, ya gozando del favor divino, a través de la mayor disciplina y el mayor rigor formativo.

Aunadas a las características anteriores indica Píndaro dos eternas ambiciones poéticas: la espera del mejor canto posible que preserve alguna realidad del olvido y el silencio como instante revelador del pensamiento. Sobre lo primero, manifiesta su prurito de cantar a alguien para que no caiga en el olvido, así como en el canto de Homero las acciones de Odiseo encontraron cobijo inmortal. De lo segundo simplemente dice:

“...el callar es muchas veces para el hombre el modo más sabio de pensar...” (*Nemea* V, ep. 1).

El origen, como hemos visto, es inspiración, sometida a las limitaciones propias del tipo de poesía que se escribe. Son estas las sencillas premisas conclusivas de la teoría poética pindárica. Faltaría, aún, por entenderse la finalidad de la obra. Platón pensó en su temática educativa y en la elevación mística de los oyentes. Aristóteles asentó el principio de deleite catárquico, es decir, un fin proporcionador de purificación, de creación de estados de ánimo templados, libres de los excesos de los extremos. Píndaro, por su parte, componía y digresionaba

(perdónese el neologismo) sobre cantos capaces de deleitar, agradar, conmover y hacer pensar en la condición humana. La obra le resultaba placer inmortalizado.

Seguro de su gloria, de su posición, de su carácter distinguido, de su fe aristocrática, describió su propósito poético en estos versos:

“Tengo excelencias que cantar y una audacia resuelta incita a hablar a mi lengua...” (*Olimpica* XIII, ant. 1).

#### IV. - *Moral*

La moral de Píndaro es, no cabe duda, de tendencia aristocrática. Una vez entendida su interpretación del Hombre nos aproximaremos, quizás, con mayor facilidad a su visión interesados en intentar la prédica de sus virtudes.

La frase “*El hombre es la sombra de un sueño*” definió su antropología. Muchos la citan hoy de memoria. Por su valor, salvaré su contexto del descuido:

“Efímeros somos, ¿qué es uno? ¿qué no es? El hombre es la sombra de un sueño. Mas cuando llega, otorgado por Zeus, el esplendor, por encima se sitúan de los hombres un luciente fulgor y una dulce existencia...” (*Pítica* VIII, ep. 5).

El año 446 dijo lo anterior. Fue tan sorprendente su poema que nadie pensó que pudiera vivir alguien después de haber dicho lo anterior. Por ello, el 446 es fecha señalada por algunas autoridades para su óbito.

El hombre, en su profunda esencia, marginado de la inmortalidad, es efímero. Depende, además, de la voluntad divina. Nace bueno o malo. No le es dado evitar su naturaleza. He aquí los principales términos de su concepción moral.

Por tanto, ser implica carecer, ser implica querer asimilar la condición de Dios o la del hombre, es decir, la de quien es una sombra, casi nada. Lo mejor, supone Píndaro, parece entonces consistir en respetar lo divino, lo inmortal, y disfrutar mientras se pueda de la ayuda que tal divinidad nos preste. Lo mejor, en otras palabras, es la suerte del apoyo divino. Si anhelamos ser grandes lo seremos sólo porque el estímulo celestial nos llevará a nuestra meta. De este razonamiento pindárico nace, creo, una nueva propuesta. Píndaro nos da a entender que lo cumplido por el atleta triunfador es el ideal de todos los hombres. Hay que aspirar a ser lo mejor. Como recordaremos, él cantaba a Dioses, a héroes, a exitosos competidores. Su motivación consistía en tomarlos como ejemplos y presentarlos del mismo modo.

La única manera de abandonar la eterna condición de sombras de una apariencia, la única manera de superar dicha condición, pensaba, era poseer un destino, cumplir una obra y contar con la estimación divina:

“...si algún hombre, gozándose en el dispendio y el esfuerzo, realiza hazañas de inspiración divina y un dios hace crecer en él la ansiada gloria, es que ha echado ya el ancla en los confines de la felicidad porque goza de la estima de los dioses...” (*Istmica* VI, ant. 1).

De entre aquéllos a quienes más detestaba el maestro, apartando al lírico Baquilides, los envidiosos aparecían como los peores. Los detestaba. Execraba la actitud que ve con pésimos ojos la elevación de otras personas: “La envidia siempre se ceba con lo bueno y con mediocridades no disputa”, escribió en su *Nemea* VIII, est. 2. Manifestó su pena por los continuos ataques de los envidiosos y embolismadores a la gente noble. Esos percances, empero, le llevaron a una concesión astuta, cuyo atributo se resume en vivir una vida sin excesos, con “virtudes corrientes” (véase *Pítica* XI), buscando así poder disfrutar, al final de los días, del placer de no ser señalado por nada malo, de oír hablar bien de uno y de legar a los hijos un prestigioso nombre.

¿Contradicción con lo aristocrático? De ninguna manera. Lo mejor no exige ni se corresponde con los excesos. Entre los mismos dioses, pese a su inmortalidad, el peor pecado es el exceso y a la menor inclinación de cualquier dios o cualquier humano hacia este fin, el castigo se hará lo más pronto visible. Píndaro llamaba “virtudes corrientes” a los rasgos capaces de permitir la realización de un destino y el enaltecimiento de una patria. En ocasiones, sabedor de la imposibilidad de pasar una vida sin envidias, decía que sufrir la envidia era preferible a sufrir lástima y que por eso no había que dejar escapar la posibilidad de vivir lo más hermosamente que se pueda.

Siendo el poeta glorioso de la Hélade, no aspiró, dando excelente ejemplo, a reunir muchas riquezas ni más gloria. En sus últimos años expresó sus ansias en estupendos versos:

“Hay quienes en sus oraciones piden oro, otros, un campo sin límites, en cambio yo, que cubra mi cuerpo la tierra tras haber sido grato a mis conciudadanos, elogiado en lo elogiable y sembrado el reproche entre los malos...” (*Nemea* VIII, est. 3).

Honesto, virtuoso, predestinado, protegido, libre de la envidia lacerante, generoso, exitoso, conocedor de la oportunidad, realizador de un destino, no otro el hombre según él. De aquí la denominación de moral aristocrática a su pensamiento ético.

#### V. - *De su muerte y la gloria*

A la muerte de Píndaro, se hicieron múltiples recopilaciones de su vida y obra. Cameleonte e Istro, polígrafos del siglo III, colaboraron con enjundiosos volúmenes de tendencia biográfica. Los valientes, necesarios bibliotecarios de la Biblioteca de Alejandría, lo estudiaron y clasificaron como el noveno lírico más grande de Grecia, junto a Safo, Alcman, Estesícoro, Alceo, Ibico, Simónides, Baquilides y Anacreonte. Longino, autor del tratado “*De lo sublime*”, lo reconoció como genio. Alejandro Magno lo veneraba. Horacio lo llamó maestro:

“El que imitar a Píndaro pretende  
vuela, Julio, hacia el Sol en céreas alas,  
para dar —nuevo Icaro— su nombre  
a cristalinas aguas.



“Como río que, hinchado por las lluvias,  
se precipita y márgenes rebasa,  
así Píndaro, hirviente,  
su caudalosa inspiración desata...”

(Libro IV, II, “Pindarum quisquis”, versos 1-8).

Con los años, se sucedieron los elogios y las imitaciones. En 1511 y en 1513 se publicaron las dos primeras ediciones italianas renacentistas de sus cantos. Pronto, Luigi Alemanni, italiano, escribió ocho himnos pindáricos que no tardaron en despertar la curiosidad de todos los poetas europeos. Gabriello Chiabrera elaboró la primera dedicatoria de sus poemas escribiendo: “*La primera vez que leí a Píndaro me hizo suspirar, puedo afirmarlo...*” y en su autobiografía expresó, en tercera persona: “*Píndaro lo llenó de asombro, y cobró ánimos para componer alguna oda al estilo suyo...*”. Pierre de Ronsard también lo imitó. Jonathan Swift, a quien generaciones enteras hemos dado en llamar héroe de la sátira, tuvo su admiración por Píndaro. Lo imitó deliberadamente en una oda titulada “*Ode to the Athenian Society*” (Oda a la Sociedad Ateniense) de 1692. Dicho poema, a propósito, fue su principio y fin poético. No era precisamente muy notable su composición y Dryden aprovechó la oportunidad para aconsejarle desistir, lo cual, Swift, evidentemente, hizo, pero no sin olvidar la ofensa y devolverla en burlas repetidas al “talentoso” Dryden, superstición inglesa. Swift, además, en su “*Relato de la Batalla entre los Libros Antiguos y Modernos en la Biblioteca de Saint-James*” (1704) defendió la grandeza de Píndaro ante la medianía de los poetastros contemporáneos. Goethe recuperó el espíritu pindárico. Hölderlin se convirtió en su más célebre discípulo. Ugo Foscolo, Giosué Carducci, Nietzsche, lo llamaron Maestro. Hasta donde sé, Píndaro no ha conocido un encomio mayor.

## VI. - *Post-scriptum*

El hallazgo de los papiros egipcios que conservaron piezas completas de poetas griegos o fragmentos ha tenido, a pesar de su incalculable valor, poca difusión. Nos hemos conformado en Venezuela con ediciones clásicas inglesas, alemanas, francesas o españolas. No hemos dispuesto nuestros puntos de vista no preparada la traducción y análisis de obras como el “*Papiro Oxirrinco*”, “*Inscripciones Históricas Griegas*”, etc. En torno a Píndaro, vale decirlo, luego de la lectura de los fragmentos de sus otras piezas (en número superior a 300) se podrá tener una visión más íntegra, más contradictoria, más digna, de cuanto conforma su poesía. Lejos del “cantor religioso de la gloria”, concepto elaborado por G. Perrota en su artículo para el diccionario Bompiani, tendremos al amante del vino, los prejuicios, la sátira, el dolor, al típico poeta cortesano, al poeta órfico, al heredero suspicaz de Homero.